

XIIDP

A MANDÍBULA BATIENTE

Santander, 15, 16 y 17 de mayo de 2015

Por Santiago de Ossorno

Una de las cosas que más valora un pínfano durante su breve paso por este valle de lágrimas es la comida, sin duda haber comido numerosos platos de *pitraca*, ragut o ternera a la jardinera para el resto de los mortales, en nuestra infancia curte y marca para los restos y por eso no solo apreciamos el buen comer sino que somos indulgentes cuando algo falla en el programa, como por ejemplo las carnes que nos sirvieron en el hotel.

La de la cena se llamaba “carrillera melosa de ternera cocinada al vino tinto” ¡toma ya, será por nombre!, de melosa tuvo poco porque alguna de sus partes presentaba fiera resistencia al hoy veterano mordisco pinfanil, si nos llegan a poner esa misma carne en aquellos lejanos años de nuestra infancia hubiera tardado apenas unos segundos en desaparecer y posiblemente hubiéramos dicho que era “[bocatto di cardinale](#)” que según parece es una expresión española que ni siquiera entenderían los propios italianos, pero nosotros sí, ¿o no?

Sin hacer mella en nuestro insaciable apetito dimos cuenta lo mejor posible de aquél nervioso trozo de carne en salsa procurando disimular el lento proceso de masticación debido a la dureza del asunto, todos la comimos sin protestar no fuera que nos sirvieran otro plato, que no se note nues-

tro paso por los orfanatos, o mejor dicho que se note que sabemos hacer frente a los inconvenientes alimenticios.

La comida del sábado era tipo buffet, en general a partir de cierta edad esto puede resultar peligroso para la salud excepto si eres pínfano, si algo aprendimos en los colegios fue a comer de todo y a disfrutar del presente, lo que viene siendo el Carpe diem de toda la vida, así que cuando hay comida a mano uno come como si no hubiera un mañana ni tras la comida tuviésemos asamblea general, no sea qué.

Dicen las malas lenguas que había gambas Orly y que estaban de rechupete, los más afortunados las probaron pero cuando fui a por un plato por encargo ya se habían ido, todas. Las busqué afanosamente por la sala mas como no aparecían y tenía que comer algo opté por las croquetas, eran redondas que no es lo habitual pero estaban muy buenas; sin contar la sentida ausencia del apetitoso crustáceo con gabardina, ya se sabe que llueve mucho por el Norte, allí había dónde escoger.

Por la noche fuimos a La chulilla, un restaurante del barrio pesquero, llegamos 12 a bordo de varios taxis y con eso casi llenamos el aforo de la pequeña terraza del local, eran casi las ocho y media y el camarero nos dijo que si dejábamos las mesas libres sobre las 9 nos atendía.

No es problema, somos pínfanos —pensamos la mitad de los presentes — y estamos acostumbrados a comer sin respirar así que ponga rápido un poco de lo más típico y todavía nos sobrarán 10 minutos: sardinas, anchoas, rabas y vino o cerveza gallega, el sencillo despliegue culinario fue deglutido en un santiamén; en un campeonato de comida rápida, por la ve-

locidad que no por el tipo de comida, hubiésemos hecho podio seguro. Y algunos aún tuvimos tiempo de tomarnos un bombón helado.

Para rematar la faena nada mejor que una copa por los alrededores del hotel en una bonita terraza con vistas al mar, bueno supongo que de día tendrá vistas al mar pero siendo de noche lo único que podíamos ver en la oscuridad era un barco fondeado en medio de la bahía y lo veíamos porque estaba iluminado, seguro que algún pínfano había conseguido llegar nadando hasta allí y rápidamente montado una fiesta.



El domingo la cosa prometía, se anunciaba en el menú entrecot de ternera pero resultó otro pequeño fiasco del que enseguida informamos al jefe de sala pero el tío tenía muchas tablas, se excusó con habilidad de camarero y le entró por un oído y le salió por otro, o sea la queja no el entrecot que de ninguna de las maneras hubiera conseguido atravesar su laberinto membranoso.

Así que la buena fama de las carnes montaÑesas tendremos que comprobarla en otro momento, puede que solo tengamos que esperar al XXII DÍa del Pínfano que proféticamente anunciaba el cartel de la puerta del comedor, aunque para entonces yo recomendaría pedir pescado, sin duda lo mejor de las tres comidas.

Bueno, lo mejor creo que fue el colofón, la idea del presidente de dejar abierto el micrófono para quién quisiera contar algo se convirtió en un desfile de pínfanos contando chistes a cual más divertido; a más de uno se le saltaban las lágrimas.



¿Y que decir de las canciones?, primero las chicas cantando divinamente a coro dirigidas por la infatigable Rosa el himno de las cristinas y segundo ¡lo nunca visto!, los pínfanos cantando “Viejo trapillo” y de paso

haciendo bueno el axioma de que cada uno tiene su propia versión de la letra que es la auténtica, un pequeño descontrol musical que el año que viene en Sevilla llevaremos ensayado desde casa para que no se diga.



Así que chicos, ya sabéis, a ensayar, tenemos todo un año por delante para conseguir entonar la música y unificar la letra.